

LAS SANGRES

AUDRÉE WILHELMY

LAS SANGRES

ILUSTRACIONES DE AUDRÉE WILHELMY

TRADUCCIÓN DE LUISA LUCUIX



SENSIBLES A LAS LETRAS, 46

Título original: *Les Sangs*

Primera edición en Hoja de Lata: septiembre del 2018

© Leméac Éditeur, Montréal, Canada, 2013

© de la traducción: Luisa Lucuix, 2018

© de la ilustración de cubierta: *Wild Man 2*, Zachari Logan, blue pencil on mylar, 2012

© de la presente edición: Hoja de Lata Editorial S. L., 2018

Hoja de Lata Editorial S. L.

Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212, Xixón, Asturias [España]

info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Edición: Hoja de Lata Editorial S. L.

Diseño de la colección: Trabajadores culturales Glayú

Corrección de pruebas: Tania Galán Álvarez

ISBN: 978-84-16537-39-6

Depósito legal: AS 02815-2018

Impreso en Imprenta Mundo, Cambre, A Coruña [España]

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.



Hoja de Lata emplea tipos de papel que garantizan el manejo ambientalmente apropiado, socialmente benéfico y económicamente viable de los bosques del mundo.


ÍNDICE

Mercredi Fugère	11
Constance Bloom	37
Abigaëlle Fay	59
Frida-Oum Malinovski	87
Phélie Léanore	113
Lottä Istvan	133
Marie des Cendres	169

Los extractos de «Piel de asno» y «Barba Azul» reproducidos en este libro han sido extraídos y traducidos de la antología *Contes des fées* de Charles Perrault, publicada en París en 1817 y disponible en línea (en francés) en Gallica, la biblioteca digital de la Biblioteca Nacional de Francia.

*A aquellos que han contribuido
a darle chispa a este libro*

MERCREDI FUGÈRE

 Las enaguas de lino dejan entrever unas ligas marrones; los tobillos de pajarito desaparecen bajo unas polainas de lana oscura que desbordan por encima de los zuecos. El vestido es azul, viejo, amplio, y va sujeto a la cintura por un lazo fucsia; la manga se desliza por el hombro, desvelando el encaje color rosa de té de la ropa interior.

Risa ronca que contradice la gracilidad femenina del cuerpo. Un sonido que asciende desde el vientre y se quiebra en la garganta. Con la mano izquierda se tapa la boca, meñique levantado, dedos estirados delante de los labios. La difunta madre, mundana consumada, debía de tener el mismo gesto.

Domingo, 5 de enero

El almuerzo de los muchachos Rü es lo primero que observo en el Coto. Escondida detrás de un tapiz con motivos numídicos de grullas, veo comer a Félor Barthélémy y me digo: «El pato estaría mejor sin todas esas especias».

Está sentado enfrente de sus hermanos. Son tres a un lado de la mesa, él ocupa solo la otra mitad. Delante de él, al igual que delante de los demás, figuran una servilleta de lino, una copa y un vaso de cristal, el platillo del pan y un cuenco poco profundo que contiene aceite templado y hierbas aromáticas. Sus cubiertos no son iguales que los de sus hermanos. El cuchillo es un hacha de cocina, el tenedor tiene dos dientes. En el centro del mantel, a medio camino entre los cuatro muchachos, hay una ensaladera vacía, una botella de vino tinto, un salero y las últimas manzanas del vergel, conservadas en cámara frigorífica, cortadas en cuartos y dispuestas en flor sobre una bandeja. Alineados a un extremo de la mesa se hallan cuatro tarros de gres no más grandes que una mano de mujer, y cada uno de ellos lleva escrito el nombre de una especia.

Los muchachos aguardan. Cuando suena el gong, todos se vuelven a mirar, excepto Féléor, que solo mueve los ojos. Su rostro permanece impassible, con la vista clavada en las puertas de la cocina, que se abren con solemnidad. Observa sin pestañear a la joven que le trae su plato —y que tiene los rasgos nerviosos de un colibrí—. Le sirve a él primero, aunque no sea el primogénito. Nadie dice nada y todo hace pensar que esta práctica poco convencional es corriente en el castillo. El plato está cubierto por una campana de plata. La pequeña sirvienta la levanta y descubre una pechuga de pato que está sin cocinar y el costillar crudo y despiezado de un cordero. Féléor sonrío y da las gracias con mucha delicadeza a la sirvienta, que vuelve a la cocina. El mismo ceremonial se repite con los tres hermanos, pero son los mozos del servicio los que entran y posan, en sincronía, los platos delante de los muchachos. El almuerzo de estos últimos es corriente: codorniz braseada con peras, entera salvo la cabeza, sobre un nido de frutas cocidas. Los tres comen en silencio, pero lo hacen muy deprisa, escupiendo los huesos que no se tragan. Féléor, por su parte, consume la carne con buenas maneras. Corta de la pechuga unas lonchas delgadas como una uña, las acompaña de manzanas y especias orientales, se lleva la comida a los labios y mastica sin prisas, con la boca cerrada. Sus labios son hermosos, finos, bien definidos. Entre un bocado y el siguiente, el rostro se le queda a veces pensativo, con la mirada perdida. Luego vuelve a su plato, mezcla el cordero con un poco

de cuajada. No la derrama. Sus hermanos me recuerdan a unas vacas cuando mastican la lechuga, pero él recibe con elegancia cada uno de sus bocados. Es más, no se termina las piezas de carne. Una vez saciado, posa del revés sus utensilios en el plato, dice «gracias» de nuevo y se limpia la comisura de los labios con el pico de la servilleta.

Vienen a continuación el queso, los dulces, el chocolate y el café. El fuego crepita en el hogar; aparte del ruido de las llamas, de la masticación y de la deglución, no se escucha otra cosa. Al final del almuerzo, una vez que los cubiertos han sido recogidos y los platos han desaparecido en la cocina, sobre la mesa quedan algunas migas de pan, una botella vacía y las servilletas arrugadas. En el lado que ocupaba Féléor, el mantel gris está impecable. Apenas se nota que hayan comido ahí.

*

Cuando, al final del día, le describo la escena a Padre, él se interesa por los muchachos como si se tratara de los animales que estudia. Toma varias notas murmurando «interesante», me pide algunas precisiones y luego enumera la hoja y la archiva junto a los miles de pliegos que guarda en un baúl impermeable. Nada fuera de lo normal, excepto por el hecho de que saca del baúl este cuaderno que me entrega. «Para tus propias observaciones.»

Sábado, 18 de enero

Todas las tardes, desde la una hasta las tres y veinte, la señora Rū se transforma en Émilie. En sus aposentos se suelta la cabellera, se quita el vestido y se sienta, solo con las enaguas, en una poltrona colocada cerca de una ventana cubierta de escarcha que da a los jardines. A veces lee, a veces escribe; otras veces, la mayoría, se limita a contemplar la nieve y el prominente molino de viento del molinero. A veces, por último, tiene compañía. Por ejemplo, hoy la acompaño yo porque me lo ha pedido. Me dejo el vestido puesto, pero permito que una sirvienta me despeine. Me siento delante de Émilie y aguardo.

Guardamos silencio durante un momento. La señora Rū es de aspecto severo, Émilie es hermosa. Concentro la mirada en mis manos, pero noto cómo se le hincha y se le relaja el pecho; sé que podría observar su cuerpo con descaro, se exhibe para que la observen, pero no lo hago.

Entra uno de los mozos de la cocina, más incómodo por verme a mí despeinada que por ver a su señora medio desnuda, y coloca entre ambas una bandeja de castañas humeantes. El frío pasa a través de la ventana cerrada, pero las castañas están presentadas en una fuente con tapadera y conservan el calor. Émilie se sirve primero. Deposita el fruto en su mano abierta, como para pesarlo, y a continuación se lo lleva a la boca ta-

pándose el rostro con la mano extendida: el pulgar a un lado de la nariz y los demás dedos, estirados, del otro. Tomo una castaña y me la como a su manera. El dedo corazón me roza las pestañas; y el meñique, el mentón. Ella sonrío. Después, hablamos. Yo aún no la conozco. Ella dice que se acuerda de mí, que me ha visto dos o tres veces, cuando era un bebé. Soy incapaz de acordarme. Me pregunta cómo es nuestra vida desde que murió Madre, desde que a Padre lo despidieron del Museo de Ciencias Naturales; le contesto que su propiedad es la séptima casa a la que nos hemos mudado en tres años. Ella me habla de la insolvencia de Padre; yo le digo que no me tiene al tanto de sus finanzas —no es verdad—. Me responde que también se trata de mis finanzas; me explica que las posibilidades que tengo de futuro son mínimas desde que Madre murió. Asegura que ella era la que tenía el dinero, que ahora soy más indigente que una doncella, pero añade que la celebridad de Padre quizá me salve de un mal matrimonio. No tengo nada que objetar; es verdad que soy pobre. Antes del escándalo del museo, Padre era un profesor eminente de Historia Natural, el único especialista del país en rituales alimenticios; teníamos una casa en la Cité, una pequeña villa de campo, un nombre. Pero después de la muerte de Madre llegó el escándalo, el despido, la ruina. Aquella vida ya no es la mía. Émilie dice: «No debe dejarse abatir». No estoy abatida. Mi vida de ahora no es ni mejor ni peor que la de antes. Eso es lo que le respondo. Añado: «Es indiferente». Me como otra cas-

taña. No volvemos a decir nada, pero la dejo peinarme en silencio. Dan las tres, Émilie se apresura; se viste para el té, vuelve a ser una dama. Y yo tengo el pelo trenzado formando una corona.

*

Cuando me despido de ella, la señora Rü me dice: «Si tuviera una hija, tendría su misma edad, pero yo no la habría llamado Mercredi». Le respondo «yo tampoco», y cierro con cuidado la puerta al salir.

Miércoles, 29 de enero

El gusano trabaja la tierra que hace crecer el maíz que alimenta a la gallina que alimenta al zorro que entrega la piel que el pobre utiliza para hacer el abrigo del rico. Nadie se come al rico. Nadie se comerá nunca a Féléor Barthélémy Rü.

Lunes, 17 de febrero

Desde el sábado 18, acompaño a Émilie en sus aposentos en siete ocasiones. La sexta vez me toma de la mano, me pide que dé vueltas delante de ella y yo lo hago. No sé por qué, pero lo hago. Llevo un vestido azul que no me queda bien. Antes de que me observe, el ves-

tido no me molesta. Pero luego me siento ridícula con mis ropas viejas. Tres días más tarde, con el cabello peinado, la señora Rü me lleva a la ciudad y entro por primera vez en la sección de «lencería» de una tienda de modas. La vendedora lleva un vestido de seda y guantes blancos. Conoce a la señora Rü. Juntas me miden, me prueban *guêpières*¹ y distintas enaguas, medias con ligas de satén y camisolas bordadas. Envían a un ayudante al taller de confección y vuelve con dos vestidos de muselina que me pongo encima de la lencería para ver el efecto. La señora Rü me regala tres calzas, tres camisolas, dos enaguas y un corsé con encaje de color praliné. Añade los dos vestidos, un lazo de seda rosa, unos guantes de cabritilla, unos botines nuevos y un abrigo largo.

Vuelvo al Coto agarrando fuertemente las asas de las bolsas como si en ellas me fuera la vida. Sin embargo, una vez en mi habitación, con toda esa ropa preciosa encima, me encuentro grotesca. Me quito el vestido. Hago como la señora Rü, me despeino y contemplo mi reflejo en la ventana: la boca y los labios, los dientes, la mandíbula, la nariz, las cejas, los ojos. Cuando recupero la totalidad de mi rostro, me pongo de nuevo mi viejo vestido azul pero conservo debajo la lencería de lujo. En la ventana vuelvo a ser Mercredi. Bajo el vestido soy una mujer de mundo, como Émilie y como también lo era Madre.

¹La *guêpière* es un derivado del corsé con ligero incorporado.

Lunes, 24 de febrero

Nunca hay sangre en el suelo de la carnicería. Cuando llegan los animales, incluso en invierno, los hijos del encargado los sangran afuera para evitar ensuciar el pequeño comercio. A veces me cuelo en el patio interior a la hora de las ejecuciones. Corderos, terneros o cerdos se nos arremolinan entre las piernas. Un chico atrapa a una bestia por el cuello, la inmoviliza entre sus brazos y le tira hacia atrás de la cabeza, el otro le hunde la hoja del cuchillo en la carne como si fuera mantequilla. El animal todavía se retuerce cuando es suspendido por una de las patas traseras; la sangre se derrama sobre la nieve ensuciándole el pelaje, pero no tiene importancia, las manchas desaparecerán cuando se trate el cuero.

En dos ocasiones, Féléor se une a nosotros. Una primera vez a finales de enero y una segunda vez hoy. Cuando viene, entra por la callejuela, al igual que hago yo. Lleva un tres piezas de lana, un gabán marrón, guantes de cabritillo y un fular a juego. Se queda de pie, no se acerca a los animales y evita la sangre que se derrama una vez están colgados. Se quita los guantes en silencio, los desliza en el bolsillo de su abrigo. El sacrificio de los animales no le interesa. Está allí por la carne, y el espectáculo le resulta indiferente. Durante la matanza, las bestias hacen mucho ruido y hay que

gritar para hacerse oír. Normalmente no decimos nada, pero cuando me apercibo de que llega me pongo a hablar muy alto con los carniceros. A él no le dirijo la palabra, tampoco la mirada; hago como si no existiera. Sin embargo, siento su presencia en todos los rincones del patio, y mi cuerpo se enciende al saberlo detrás de mí.

Para preparar la carne hay que cortar las patas de atrás y retirar las vísceras, las asaduras blancas y las asaduras negras. Féléor aguarda sin moverse; este muchacho podría ser una estatua. Sé que me mira, me imagino a través de sus ojos: con el vestido sucio, sangre en el pelo, de pie en la nieve, sin abrigo ni sombrero, en medio de los chicos y los animales. Sé que me mira y me siento viva. Las salpicaduras de sangre me dibujan lunares en la piel, el sol se está poniendo y me da de pleno en la cara, soy hermosa y él se da cuenta.

Muertos los animales y preparada la carne, los hijos del encargado entran en la tienda y salen con unas lonchas finas de las mejores partes de un ciervo cazado la semana anterior. Féléor abre su zurrón, paga con más monedas de la cuenta y guarda en el fondo de la bolsa la carne envuelta en papel parafinado. Se marcha igual de pulcro que cuando llegó. Yo en cambio estoy cubierta de barro, salvaje, pero más hermosa que si él no hubiera venido.

Lo último que veo de él es el puño de su chaqueta y su mano impecable. Hay manos así, incapaces de ensuciarse, mientras que a mí la sangre se me pega a la piel.

Miércoles, 19 de marzo

Hoy me viene a la mente una historia que me inventé siendo niña. Estoy en un bosque, perseguida por unos lobos. Huyo, se me queda atrapada la pierna en unas raíces, me desuello el tobillo, las espinas de las zarzas me rasgan el vestido. Oigo, muy cerca, los ladridos de los lobos, y siento el calor de sus bocas abiertas enseñando los colmillos. Corro y corro. A veces me caigo, pero me levanto de nuevo. A través de los abetos, allá arriba en la montaña, distingo un resplandor amarillo y me dirijo hacia él. Llego a las puertas de un castillo inmenso. Las verjas son del tamaño de tres hombres, se abren por arte de magia y se cierran en las mismas fauces de los lobos, que gruñen detrás de mí. Cuando me doy la vuelta, los animales han desaparecido. Avanzo. Está oscuro y nieva; yo no noto frío. Las puertas del castillo, tan altas como las verjas, se abren cuando me acerco. Me adentro en el vestíbulo. No sale nadie a recibirme, pero hay luz y un enorme ruido en una habitación a la que llego después de lo que me parecen horas de marcha. Tres ogros están sentados uno al lado del otro, dándose un festín, y al verme me reciben con apetito. Sé que me quieren comer. Me fascinan pero no me dan miedo. Les pregunto: «Si como tanto como vosotros tres, ¿salvaré la vida?». Se consultan entre ellos y asienten con un gruñido. Yo me siento en-

frente y comienzo a engullir los platos, innumerables, que desfilan ante mis ojos. Esto dura fácilmente toda la noche, no lo sé; me duermo inventándome la historia y me despierto al día siguiente incapaz de comer nada. Todas las noches durante un mes imagino los platos de carne fresca que me voy comiendo, y me duermo con esta historia, primero los lobos y luego la comida interminable. No es una pesadilla, es una historia que me cuento a mí misma estando totalmente despierta. Es un relato que yo elijo, que quiero y que me gusta. Cuando más tarde cae en mis manos un libro sobre brujas, me invento otra cosa.

Lunes, 14 de abril

La primavera afecta al hombre lo mismo que afecta a todos los animales. Eso es lo que le explico a Féléor después de besarlo. «Padre enseña que es el instinto, para la supervivencia de la especie.» Al principio sus dientes se chocan con los míos, luego calculamos mejor la distancia. Sus labios son adustos, agrietados. Tiene la piel irregular y su barba blanda me hace cosquillas en el mentón. Me gusta la diferencia entre sus labios rudos y los míos, que son suaves y carnosos.

No hace sol, no llueve, hay algo de viento, pero poco; es el día más banal del año.

Jueves, 17 de abril

Émilie me nombra dama de compañía. Sucede un día que estoy comiendo, imitándola, frambuesas conservadas en azúcar. «No hay que masticar las frambuesas, sino aplastarlas con la lengua contra el paladar.» Llevamos el pelo suelto sobre los hombros. Su corsé es rojo; el mío, marrón claro. Estamos sentadas medio desnudas delante de la ventana y me las doy de sofisticada a pesar de mis dedos pegajosos de fruta. Ella dice: «Me agrada su presencia. Me embellece». Yo no respondo nada. Por la ventana, observo a Féléor practicando esgrima con su hermano mayor. El suelo está cubierto de un barro frío y resbaloso. Los muchachos están sucios pero son guapos. A veces se intercambian unas piedrecitas blancas. Es un juego que practican todos los varones del dominio. A los criados les encanta y utilizan ramas a guisa de floretes. Cada participante comienza el juego con diez guijarros y, cada vez que es tocado, ha de entregar uno a su adversario. El juego termina cuando uno de los jugadores se queda sin piedras. La señora Rü habla de vestidos y de veladas mundanas; yo miro a Féléor acumular guijarros, y a continuación me lo imagino degustando las finas lonchas de cordero y de pato crudos. Vuelvo a ver sus labios, sobre todo, y la elegancia silenciosa de su masticar. Practica esgrima de la misma forma, con una determinación tranquila. Besa también de la misma manera.

Cuando ya no le quedan piedras, su hermano, tirado en el suelo, pierde la partida.

Lunes, 19 de mayo

La primera vez que copulo con Féleor, no lo hago para tener hijos. Eso es lo único que le digo. «No me hagas un hijo.» Él se ríe y me responde que no está en sus manos. Yo le explico cómo sí que lo está.

Es un muchacho guapo. Su piel es muy blanca y sus cabellos muy negros. Tiene los ojos marcados por unas oscuras ojeras y unas pupilas grises que le dan el aspecto tenebroso de un poeta de la Cité. A pesar de la tez pálida y la mirada cansada, la fuerza que concentra en sus músculos impide que parezca enfermizo. La precisión de sus gestos me fascina: aunque yo soy la primera mujer a la que le hace el amor, demuestra una destreza sorprendente.

Fenómeno singular: cuanto más se encienden nuestros cuerpos, más huele su piel a la mía. Yo no sabía que algo así podía suceder. Su cuerpo me devuelve mi propio perfume. Cuanto más me reconozco en él, más me gusta revolcarme en sus brazos.

Sábado, 31 de mayo

Está oscuro, debe de ser bien entrada la noche. Camino descalza y las hierbas frías me pinchan en los tobillos. Llevo unas calzas largas, el más bonito de mis

corsés y un camisón ceñido a la cintura por ese lazo rosa que me compró la señora Rü. Las luciérnagas y las polillas revolotean alrededor de mi farol. A veces siento el caparazón de un caracol aplastándose bajo mis pies con un crujido repugnante.

Me encuentro con Féléor en un claro donde me está esperando. Cuando estamos juntos no solemos hablar mucho. Yo lo miro, él me desviste, y luego él se desviste. Su piel está recubierta de una pelusa oscura, mi vello es claro pero más tupido.

Es una noche curiosa. Siento un deseo salvaje, animal. Le pido a Féléor que me ate las manos con el lazo. Él lo hace. Tengo los brazos estirados, colgados de una rama. Soy prisionera de un árbol, la corteza me raspa la piel, mi carcelero me hace cosquillas y no me resisto. Me río, me retuerzo de risa hasta hacerme daño. Se introduce en mí y sigo riendo. Le digo: «Me gusta cuando lo haces de esta forma». Él sonríe. Me desata. Le digo: «Te voy a enseñar una cosa». Atrapo unas luciérnagas con la ayuda de un tarro de cristal. Corro en todas direcciones y no tardo nada en capturar una decena. Estoy acostumbrada a hacer esta tarea para Padre. Cuando ya son muchas golpeándose contra las paredes del tarro, saco una y la aplasto con los dedos. El líquido que hace que se iluminen se extiende por mis uñas y ahora son estas las que brillan en la oscuridad. Me unto todos los dedos y luego lo animo a hacer lo mismo que yo, pero él siempre tiene las manos limpias y no le gusta ensuciarse con los bichos. Le gusta que me ensucie yo, sé que

lo excita que yo esté sucia y él impecable. Juego a mover los dedos como alas de mariposa. Él contempla lo que hago. Le parezco guapa, estoy segura, lo veo en sus ojos, le parezco guapa y creo que me ama.

Domingo, 15 de junio

Padre encuentra este diario y se vuelve loco. Se lo lleva a la señora Rū, que me hace llamar y, sin enfadarse, habla de decepción, mezclando palabras como «escándalo», «obsceno», «convento» y «honor». Apenas oigo lo que dice. Pienso en los mordiscos de Féleor sobre mi cuerpo. Absorta por las delicias de la noche anterior, recuerdo sus dientes mordéndome la piel y, aunque no vaya a verlas nadie, me siento hermosa con sus marcas en el vientre.

Martes, 17 de junio

Hay algo físicamente inconcebible en la perspectiva de terminar mis días enclaustrada. Me moriría sin Féleor, sin su cuerpo y sin el sexo con él. Y puesto que, lejos de sus brazos, estoy condenada a la agonía, decido pedirle que me mate. En pleno clímax. Es un final más embriagador, más deseable, más «sensible» que morir de inanición. Me mira, parece perplejo, pero definiendo tan bien la idea que termina por aceptar. Le doy instruc-

ciones exactas: que coja su corbata y me la anude alrededor del cuello, que me haga el amor como quiera, que tire de la corbata para estrangularme y que no la suelte hasta que mi cuerpo esté tendido sin vida a sus pies. Él contesta: «Mañana».

*

Me acuerdo de mí, de pequeña, leyendo al Marqués a escondidas de Madre. El diván es de terciopelo azul con motivos color cian. La lectura de los libros no me incomoda. Me siento embriagada por lo que en ellos se dice; la visión que dan del ahorcamiento es lo que más me fascina por encima de todo. Comprendo lo que está escrito, no choca con mis ideas sobre el cuerpo, y comprendo en qué medida la afluencia de sangre hacia el sexo, cuando se oprime la garganta, puede contribuir al placer. Cuando Madre lo descubre me reprende. Respondo que no me da miedo morir. No tiene ningún sentido, pero eso es lo que respondo. Hoy me ocurre lo mismo. No me da miedo morir.

Miércoles, 18 de junio

Moriré un miércoles, me parece oportuno, pero no estaba planeado.² Adiós, Féléor Barthélémy Rü. Adiós.

² El nombre de Mercredi significa «miércoles» en francés.

Sobre Mercredi

Un día de julio, debía de tener quince años, mi padre y yo bajamos a la ciudad para reunirnos con un tendero que deseaba invertir en la compañía familiar. En aquel entonces financiábamos la construcción de una muy vasta red de ferrocarril que seducía a numerosos pequeñoburgueses en espera de que la buena fortuna de los Rû los salpicara también a ellos. Hacía un calor abrasador, un viento seco canicular levantaba las faldas de las mujeres, los hombres iban en mangas de camisa. Mi padre y yo buscábamos la sombra mientras avanzábamos a lo largo de la calle principal. Parado delante de los expositores de la carnicería, me fijé en Mercredi Fugère, que bajaba por la alameda provocando con su vestido de tafetán azul, calzada con unos zuecos que chasqueaban ruidosamente contra el suelo y dejaban al descubierto sus tobillos bronceados por el verano. Caminaba a paso ligero, con el pesado bolso rebotándole contra la cadera al ritmo de sus pasos. Al llegar al puesto del tabaquero, saludó al joven aprendiz, le sonrió, le dijo algo inclinándose un poco hacia delante; supuse que le enseñaba los

pechos. El muchacho comprobó que su patrón no estaba detrás, sacó un cigarrillo de debajo del mostrador y se lo ofreció poniéndose colorado. Ella se enderezó y se ajustó el corpiño. Luego, con un mohín altanero, insertó el cigarrillo en el extremo de una boquilla. Cuando se estaba agachando para recoger el encendedor, que se le había caído a la calzada, un carruaje que llegaba con gran estruendo tomó una curva demasiado rápido. El cochero tiró de las riendas para tratar de calmar a sus animales. El caballo de delante se encabritó mientras que el de detrás continuaba su cabalgada. Hubo un alboroto de relinchos y de gritos al que se añadieron unos crujidos siniestros y el ruido estrepitoso de la diligencia cayendo de costado, aplastando bajo su enorme carcasa al perro del carnicero. Un espeso silencio se abatió sobre la calle, el vehículo desapareció en una nube de tierra seca, no se veía nada. Los paseantes se arremolinaron y, antes de que al polvo le diera tiempo de asentarse, el barrio al completo se había congregado delante de los comercios vecinos.

Ciego y sordo temporalmente, como todo el mundo, yo estudiaba la mezcla de fluidos que emanaban de la tierra seca: el olor a metal recalentado por el sol, el hedor a tabaco, a carne, a sudor animal y a orina de las bestias, a las que el miedo había vuelto incontinentes; la sangre —sobre todo la sangre—, la de la carnicería, la de Mercredi, la del caballo que, después de pisotearla, se había debruzado a su vez bajo los cascos del animal que venía enganchado tras él.

La nube de tierra tardó mucho tiempo en volver a posarse en el suelo. Lo primero que vimos fue al cochero, tambaleándose, borracho, que confirmó que el coche iba vacío. Se acercó a nosotros y estuvo a punto de desmayarse, pero mi padre lo retuvo, y el pobre diablo empezó a vomitarle en los zapatos. Alrededor, el polvo había dejado de caer, la multitud permanecía inmóvil, fascinada por el horror del espectáculo que se le ofrecía. Las vísceras del caballo más pequeño se encontraban desparramadas por la calle; lo había destripado la berlina de la diligencia, pero aún se estremecía. El otro animal yacía encima de él, sacudido por unos espasmos que agitaban sus patas en todas direcciones. Tenía los cuartos traseros atravesados de lado a lado por un fragmento de la carrocería que se había desprendido durante el accidente. Mercredi se asfixiaba aplastada bajo el peso de ambos caballos, con la mandíbula destrozada por los cascos de uno de los animales y los cabellos impregnados de una sangre negra y pegajosa, espesa como la melaza, que empezaba a coagular. El resto de su cuerpo quedaba oculto bajo las carcasas de los caballos, lo único que asomaba por el extremo opuesto era un pie pequeño y azul, descalzo. Más tarde, mi hermano mayor encontraría el zueco perdido y lo traería a casa. Había caído varios metros atrás y reposaba entre las ramas bajas de un manzano.

El carnicero fue el primero en reaccionar. Entró en su local, salió con su cuchillo en la mano y, luego, tras consultarlo con mi padre, se acercó a los caballos y los

degolló a los dos. Sus quejidos agonizantes cesaron. Una marea de sangre pardusca roció a Mercredi, se extendió por el suelo y fue a unirse al caudal del arroyo. Algunos hombres se sobrepusieron e intentaron levantar al primer animal, pero estaba tan bien empalado que el hojalatero hubo de cortar la diligencia para conseguir desplazarlo. Mi padre hacía fuerza con los demás. A Mercredi le costaba respirar, yo seguía delante de ella, hipnotizado, sin comprender por qué la compasión que el carnicero había demostrado con las bestias no se aplicaba también a ella, por qué diablos no la degollaban como a los caballos. Me arrodillé junto a su rostro destrozado, silencioso, cautivado por su boca medio desdentada en carne viva, y, sin pensar en nada más, posé mis labios en lo que quedaba de los suyos y le di un largo beso. Probé su sangre, sentí el calor febril de su aliento. Ella comenzó a toser con violencia, escupiendo coágulos rojos y unos pequeños huesecillos blancuzcos que me parecieron dientes, y luego estoy casi seguro de que me desmayé a su lado.

No conocía a Mercredi. Sabía de la existencia de su diario, que leía «a escondidas» —hay que decir que ella lo escribía para mí fingiendo lo contrario, y yo lo leía simulando que ignoraba que me estaba destinado—. Antes de besar a la verdadera Mercredi Fugère, nunca jamás le había dirigido la palabra. Solía espiarla, me sabía algunos de sus gestos de memoria —aquel con el que se ajustaba el corpiño atrapándose el pecho por el lado para traerlo hacia delante, o ese otro con el que se recolocaba

el pelo por medio de un movimiento conjunto de la mano y de la cabeza—, pero en las raras ocasiones en las que me la había cruzado, no me había atrevido a dirigirle la palabra. Me intimidaba la confianza descarada que tenía en sí misma, pensaba que su vida debía de parecerse al contenido de su diario: sensual, embriagadora. Las páginas de aquel cuaderno estaban repletas de mentiras. Es verdad que era la hija de nuestro preceptor, pero no era en absoluto la dama de compañía de mi madre; su lencería de lujo la robaba de los cestos de ropa para regalar, y a su padre no se le habría ocurrido jamás meterla en un convento —se habría fugado de casa sin despedirse—, pero yo pensaba que el alma escondida tras el texto era real. Me había prendado de la naturalidad con la que describía sus deseos y amaba al personaje que había construido para mí. No era más que un niño todavía, bastante poco espabilado, pero a través de sus palabras parecía habilidoso y superior: me entraron ganas de convertirme en aquel hombre imaginado por ella. Posaba en mí su mirada de mujer como ninguna otra lo hacía todavía. Me encantaba su forma de describirme como a un ogro refinado: yo comía carne cruda, es verdad, pero mis modales no eran mejores que los de mis hermanos comiendo codornices, y no tenía aquella presencia tenebrosa que ella se había inventado para mí.

Tardó tres semanas en morir y durante tres semanas permanecí encerrado en mi habitación porque gritaba

de dolor y yo no soportaba sus gritos. Me tapé los oídos con algodón y me sumergí en la lectura y relectura de su diario, tratando por todos los medios de olvidar que una persona de verdad se estaba muriendo en alguna parte de la casa. Leí una y otra vez las páginas en las que ataba a Mercredi en el jardín. Una tarde salí en penumbras a tratar de cazar luciérnagas para ver si aplastando los insectos con los dedos era verdad que me brillaban las uñas. Hice que me subieran todo un equipo de esgrima a mis aposentos y me entrené durante días para no volver a perder un combate nunca más. Exigí un gran espejo delante del cual sentarme a comer y ensayar cómo masticar la carne con elegancia. Luego me sumergí en la lectura de aquel Marqués que citaba. Y cuando, una mañana de mediados de agosto, todo terminó por fin para ella, me dije que la verdadera Mercredi habría preferido cien veces más la muerte de la Mercredi de ficción que su agonía real.